

SUBSISTENCIA, HUMORISMO Y ORALIDAD

Alberto Añez Medina

DESCRIPTORES: Humorismo, Oralidad, Lenguaje coloquial, Habla Regional.**RESUMEN**

Hemos tratado de establecer las relaciones intrínsecas entre economía, humorismo y lenguaje, a través de la ubicación, presentación y descripción de vivencias específicas ocurridas durante la primera mitad de siglo, que fueron esenciales para consolidar el temperamento del maracaibero. Por ello, los coloquios de los mercados, los brollos de las tiendas, las cotorras de los botiquines, los paliques de los buhoneros y las quejas de las crujias familiares, estables en la inopia y desbocadas en la risa, constituyen ricas fuentes de información y se presentan como auténticos objetos de investigación, por los valiosos aportes que le han dado al habla regional y a la lengua nacional.

SUBSISTENCE, HUMOR AND ORAL BEHAVIOR**Key Words:** Humor, Oral Behavior, Regional Speech, Colloquialism.**ABSTRACT**

The author has tried to establish the intrinsic relationships among economics, humor and linguistic behavior by locating, presenting and describing specific situations, experienced during the first half of this century, which were essential for the consolidation of the "Maracaibero" (citizen of Maracaibo). The author considers that market talk, shop altercations, good old barroom jaws, street peddlers' small talk and family complaints are rich sources of information. Though evincing a stable indigence, they produce bubbling laughter, and are presented here as authentic research objects in view of the valuable contributions they have made to speech in the region and to the national language.

1. VERBA VOLANT:

Conocer una ciudad presupone caminar sus calles. Verla suscita salir fuera de sus límites. Sentirla significa vivir en ella. No es sólo un desarrollo urbanístico, sino también un estado de ánimo, símbolo de un estilo propio de vida, cuyo atributo más destacado es la diversidad de sus aspectos intrínsecos, un conjunto de proporciones que anula cualquier esfuerzo individual para tratar de abarcar su sentido total.¹

Así, una exégesis de Maracaibo implica recordar que hace mucho tiempo era un pacífico lugar, situado a las orillas del entonces depósito de agua dulce más grande de América. Evocar aquel radiante sol que iluminaba sus alegres e intrincadas calles por donde corríamos, casi adolescentes, matando taritas, jugando bolitas o golpeando puertas y ventanas en recreo pueril. Rememorar sus casas de techos empinados, tomados imprudentemente y unidos con el cielo a través de inquietas petacas multicolores, que susurraban al viento nuestras quimeras infantiles.

Es comprender una urbe habitada por unos tipos increíbles, de pura cepa criolla, que mediante el uso de un habla muy peculiar enfrentan las vicisitudes de la vida, en su eterna lucha contra el desamparo y el abatimiento. Esa expresión aguda y sin retórica es sostenida por una inusitada "chispe" satírica o irónica, la cual explota en paciente carcajada, producto del "salero" y de la

1. Daniel Bell et al, *Industria Cultural y Sociedad de Masas*, p. 37.

indescriptible visión mundana del maracuchó, ser actuante y competente que derrocha el lenguaje para mantener activa la esperanza y ocultar adrede el fracaso.

Nuestro propósito es el de indagar y procurar esclarecer las relaciones existentes entre el glosario lingüístico, el inventario humorístico y la situación económica de los moradores de esta laboriosa y sufrida "Tierra de Cascabeles" a mediados de siglo, instrumentando un estudio subjetivo, sistemático y metodológico de su tradición oral. Ambicionamos recoger y transmitir, evitando que sean silenciadas y reposen sepultadas por la indiferencia, el olvido y el desarraigo, algunas formas menudas pero reveladoras del proceso histórico señalado, tales como: episodios, anécdotas, personajes, sitios y voces dialectales, las cuales aún persisten en la conciencia ciudadana.

En todo momento confrontamos una plática directa, rápida y eficaz que va "al grano" y se deja conducir por sus semas, apegada a la observación y a la misma experiencia, con un sagaz y oportuno sentido del humor —en cuanto a situaciones, comportamientos y giros coloquiales—, cuya ingeniosa amenidad contagia el discurso y predispone el agrado constante de los interlocutores. Sin embargo, en los últimos años ha surgido un enemigo acérrimo de esa típica conducta expresiva: la jerga estereotipada, insulsa y grotesca impuesta por los medios de (des) información masiva, promotora de la estupidez solapada, la incultura solemne y la amnesia etológica del pueblo.

De allí nace la idea de escribir este informe, que simplemente es un regreso a mis orígenes. La crónica, rica memoria del tránsito terrenal de los seres humanos, es a cada rato comprensible, realista y concreta; y muchas veces es abstrusa, engañosa y abstracta. De tal paradoja se nutren los cronistas, con la finalidad de inquirir evidencias tan fundamentales como inasequibles sobre la innata verdad del hombre, el porqué de las cosas y la esencia de los hechos. También es posible que luego de numerosos dimes y diretes, el investigador relate sus propias fábulas, verdaderas o ficticias, reales o inventadas, originales o manidas, interpretando la realidad y evitando su dispersión.

La crónica, alega Luis Marsillach,² es un género literario que implica intención artística y posee calidad estética, basada en la capacidad "de sugerir imágenes y de suscitar ideas y sensaciones". Por ello el concepto de actualidad, su leitmotiv, se manifestará en el tema y en la manera de desarrollarlo. O el argumento es actual o no hay reseña cronística. Lo cual no descarta la posibilidad de dedicar una remembranza a las costumbres ancestrales del suelo nativo, siempre que haga referencia a un acontecimiento del presente. Asimismo, según condición sine qua non, debe cumplir con las siguientes exigencias estilísticas: brevedad, agilidad, precisión, síntesis y humorismo.

Con una fidelidad mayor que la erudición amputosa, el historicismo demagógico y el "vedettismo" lingüístico, la ficción logra urdir infinitos modos de cohesión entre aislados sucesos del pasado. Buscar en la tradición explica la necesidad de conservar lo que está condenado a desaparecer. Es fijar el recuerdo de lo que ha dejado de ser, descubrir algunos significativos momentos de la historia local y enriquecer el patrimonio regional.

Verba volant, scripta manent (Las palabras vuelan, lo escrito permanece), afirma dicho proverbio latino acerca de la antinomia entre oralidad y escritura. El mismo, de acuerdo a la opinión del etnólogo Jan Vansina, "es desmentido en el mundo entero por gente cuyo comportamiento e instituciones demuestran que la palabra no es tan transitoria como puede creerse... No hay ninguna duda que para ellos las tradiciones orales son palabras que hacen revivir el pasado... Estas palabras son venerables, ya que constituyen... las experiencias de antepasados".³ Este enjundioso criterio desenterra la olvidada importancia que tiene la tradición oral, en calidad de fuente analítica para el conocimiento de la crónica de cualquier comunidad.

Pero lamentablemente, los procesos cognoscitivos que se han generado en nuestra pródiga tierra, jamás han sido objeto de estudio de alguna disciplina de las Ciencias Humanas. Es hora de tener

2. Luis Marsillach et al, *El Periodismo. Teoría y Práctica*, p. 388 y 389.

3. Jan Vansina. *La tradición oral*, p. 7.

real conciencia de la praxis lingüística y preguntarnos: ¿Por qué hablamos tanto?, ¿Por qué la realidad la volvemos pura palabra?. ¿Por qué fusionamos anécdota y poesía? Ellas forjan una locuacidad carente de lógica.

El maracucho tiene el atractivo de ser educado oralmente, lo que sella su facilidad para detallar ciertos fastos, temas o relatos de una manera jacarandosa. Es muy frecuente que desarrolle fluidas peroratas que están sólo en su memoria, ideas que se refocilan en su mente, que no forman parte de una herencia escrita, que aparecen y desaparecen inmediatamente y lo convierten en un ser hecho de palabras.

Esa constitución de vocablos le permitirá un escape momentáneo y una catarsis confortable, porque inmerso en ellos puede decir con libertad lo que piensa, dar rienda suelta a las extravagancias de su temperamento y mostrar riendo —sin ir demasiado lejos— las reminiscencias que todavía subsisten en su inconsciente.

Versátil y esencial ejercicio verbal que todo hablante nos entrega entre sonrisas y gestos rituales, fundiendo pasado y presente en el único deseo de existir. Cada cual hilvana un mundo de instantes intocables por el silencio y el olvido. Es un tráfago oral sustentado por necesidad, compartido con satisfacción y disfrutando sin embarazo. ¡Cuánto saber ha resucitado delante de nosotros!, aunque no hemos podido entenderlo y mucho menos explicarlo.

Si pretendemos captar la relación íntima entre los hábitos del habla, el contexto inmediato y el proceder cotidiano que delimitan a los habitantes de Maracaibo, debemos asumir su temperamento singular. Partimos de experiencias coloquiales, testimonios particulares y fuentes bibliográficas, atestaciones explícitas, ecuanímes y valederas para suponer la vigencia de un comportamiento idiomático local, totalmente diferente a los percibidos en otras regiones del país. Sin embargo no podemos aseverar la homogeneidad de tal actuación, ya que en ella abundan y se entronizan diversas variaciones léxicas, provenientes de subregiones dialectales del propio estado.

Se trata de revisar una conducta muy caracterizada del zuliano, especialmente del maracucho, que es digna exponente de una vivencia histórica, social, económica y cultural, dirigida por una práctica lingüística militante, determinada por un profundo regio-

nalismo e imbuida por un amplio sentido del humor. Esta conexión de facetas tan dinámicas se convalida y justifica plenamente: la identidad de nuestra gente aparece en el diario discurrir, amenizando con la risa su sentir.

No es pura coincidencia que el maracaibero siempre tenga una salida jocosa, para ponerle sabor a cualquier situación. Al tratar de comunicar sus cuitas interiores, lo hace con deliberación y, muchas veces, su conversación es premeditada y exagerada hasta la saciedad, intentando causar una súbita impresión y un rápido efecto, que sin duda implican sendos estados de ánimo: sorpresa momentánea e hilaridad inmediata.

Esto es producto de la naturaleza festiva de unos hablantes ingeniosos y vivaces. Por ejemplo, las locuciones "echarse los paños" (beber aguardiente), "salir a buscar a Dios" (encontrar el sustento cotidiano) o "ir pa'llá(a)bajo" (acudir al centro comercial de la ciudad), demuestran como los nuevos significantes se ajustan con similitud a los mismos significados. Son modismos que causan estupor a los forasteros, desconcierto a los lingüistas y admiración a los creadores, además de introducir motivos de inspiración en el cancionero regional.

De acuerdo con una octava popular citada por Rafael Molina V., se reconoce "al maracuco po' el habla"; es decir, cuando abre la boca y emite sus fonemas, muestra su partida de nacimiento.⁴ Sus tres improntas dialectales están representadas por el voseo continuo, que enarbola cual bandera de zulianidad, libre de vergüenzas insulsas y resabios culturales; la entonación nasal, cuyas cadencia fónica y dicción aguda imponen un dejo natural; y el panlexema ¡Que molleja!, término polisémico que apañó el aura vulgar y se convirtió en su interjección vital.

También, sin ser descorteses, los maracaiberos son muy sobrios en el uso de "Buenos días", "Por favor" y "Gracias". La petición de bendiciones es un ritual: al salir del hogar, al regresar de la calle y a la hora de dormir. Disfrutan inventando "malas pa-

4. Rafael Molina Vilchez, *Notas sobre el lenguaje coloquial maracuco*, p. 19.

labras" y diciendo "groserías", pero ese caudal "insolente" forma parte de su esencia. Juegan con el símil poniendo apodos: "Patuca e' piano", "Granito e' linaza" o "Pelo e' cochino", lo que ejemplifica y prueba su "mamadera de gallo" vivencial. Recrean el habla hiperbólica: "enano" por hombre pequeño. Como sutiles "brolleros" su información es indirecta: "dicen que". El piropo en sus labios conjuga intención picaresca y actitud erótica.⁵

Por ello, nuestra síntesis se hallará contagiada por una melancolía discreta y una emoción nostálgica, implícitas en el sentir poético y explícitas en la objetividad discursiva, frente a todos los pormenores de una saga que el tiempo, el desarraigo y el esnobismo quieren juzgar por conjetura, condenar sin justificación y enterrar con impiedad, demostrando un desprecio absoluto hacia los valores atávicos.

Los objetivos propuestos estarán condicionados por la reconstrucción de una etapa histórica del lar paterno, privilegiada en recursos verbales; el contacto con esa imaginación fogosa de variables perspectivas, apta para transformar con donosura el deseo particular en un interés general; y el registro correspondiente de los elementos más representativos de una transmisión oral en vías de extinción.

Rescatemos el ideario popular, salvemos su verbo creador y respetemos la sabiduría vernácula; sintamos un poco la voz colectiva y registrémosla a la luz de los análisis, las reflexiones y los estudios rigurosos. De allí en adelante la oralidad de ayer, aquella que la negligencia y la barbarie terminaron abandonando a su suerte, que algunos con la complicidad de muchos se propusieron y lograron erradicar, debe ser restituida, conservada y venerada. Tenemos que asegurar por lo menos su permanencia literaria, convertida en tradición: reserva de enseñanza y fuente de aprendizaje para la posteridad.

2. CORPUS DELICTI:

Inmediatamente vamos a presentar en forma sucinta, cinco ejemplos concretos de la relación entre lenguaje, humorismo y

5. Iraset Páez Urdaneta, *La Lengua nuestra de cada día*, p. 129 y 130.

economía a través de la ubicación, presentación y descripción de vivencias específicas ocurridas en la primera mitad de nuestro siglo, que fueron fundamentales para el asentamiento de la idiosincrasia del maracuchó. Todas ellas resultan de una experiencia vital, una conducta laboral y una lección moral de un "ambilao" pueblo, productor de cuantiosas riquezas amparadas por el secreto bancario suizo y cuya retribución ha sido la mezquindad oficial; convirtiéndonos en "lambucios" sin decreto, "faquires" por obligación y "magos" de oficio, gracias al centralismo castrador.

Para los aficionados y neófitos interesados en el estudio de las distinciones del habla marabina, su esencia humorística y su incidencia económica: las actividades del mercado, representadas por el regateo entre vendedores y compradores; las diligencias de las pulperías, aderezadas por el intercambio de brollos del pulpero y su clientela; las faenas de los botiquines, activadas por los amapuches rocoleros de mesoneras y parroquianos; las caminatas de los buhoneros, interrumpidas por los diálogos azarosos con sus marchantes; y el ajetreo casero, producto de múltiples oficios para asegurar la alimentación familiar, constituyen invalorable fuentes de información y se presentan como verdaderos objetos de investigación, por los ricos aportes que le han dado a la inventiva coloquial regional y al patrimonio lingüístico nacional.

Vamos a tratar de rescatar esos hechos y reseñar la crónica de un mundo en el que realmente conseguiremos de todo. Porque, más allá de la probabilidad de encontrar lo que indagamos, deseamos o necesitamos, nada es tan evidente como que en las muestras analizadas, síntesis de una existencia verdadera, cohabitan el bien y el mal, la inopia y la opulencia, lo bello y lo feo, lo nocivo y lo saludable, la hilaridad y el llanto, amalgamados en un palabreo fabulador que convierte a la vida en una muerte a plazos, regida por cómodas cuotas y soterrada en una picaresca habitual. De aquí en adelante lo que se va a leer, cotejar, inquirir, revivir y discutir es una vinculación mordaz e irreversible entre la oralidad maracuchó, el sentido del humor y la economía informal, como parte reverberante de la subsistencia diaria.

2.1. ENTRE LOS MERCADOS

Glosar sobre mercados, ferias azarosas pero necesarias, impli-

ca prosa laboriosa, poesía repentista y vida compartida. Simbiosis que ubicamos en el centro mercantil del Puerto de Maracaibo, para proyectar una experiencia alimentaria acaecida durante los años cincuenta. Tratamos de rescatar del olvido la imagen individual, la voz colectiva y la crónica local, adaptadas a la búsqueda cotidiana del condumio familiar y subyacentes en los ayunos domésticos. Cada baratillo era como una caja de Pandora avizorada por un Epímeteo cualquiera, con intenciones de colmar sus ambiciones materiales y saciar sus deseos personales, ligando la esperanza entre el acicate del querer y la angustia del no poder.

La Plaza Baralt, corazón comercial de la zona portuaria y vaso comunicante de la ciudad, fue testigo de oídas de mis voceos infantiles, iniciados desde **R.J. Villasmil**, famosa mercería conocida por su lema: "Todo a Real"; arreciados frente al almacén textil de moda, acorde con su slogan: "Trajes Dovilla, que maravilla"; y limitados hasta una popular zapatería, recreada en el similitud: "Calzados Ciro's, a sus pies", vendiendo docenas de "ganchos de ropa", cuyas ganancias aumentaban los exiguos ingresos hogareños. Aún se oye el grito estridente y continuo de un típico vendedor de lotería, feo y mañoso, que vociferaba a todo pulmón: "Al que me compre un billete / le regalo mi retrato..., y la gente, siguiéndole la broma, completaba la estrofa de esta manera:... tendrá que ser bien zoquete / el que te acepte ese trato".⁶

El Mercado Principal, situado en plena calle Comercio al final de La Plazuela, regía las operaciones de mercadeo al detal en el sitio. Estaba dividido por sectores: el de víveres (granos, hortalizas y carnes rojas y blancas); el de zapaterías y vestimentas; y el de las célebres cafeterías **Petit y Carmona, Carmen y Victoria** y otras. Allí mi padrastro tenía un Puesto de Pescado, nunca ventorrillo y jamás pescadería, adornado por las escamas de las diversas especies marinas, que eran ofrecidas al público a bajos precios y cuyas ventas diarias cubrían los gastos caseros y los tragos oficiales. Como catador contumaz y payador ocasional entonaba su propio himno de infinitas batallas botiquineras: "Ernesto Olivares alias el

6. Ciro Urdaneta Bravo, **Maracaibo: historias y leyendas**, p. 66.

Diez, / de pescador vendedor, / como porteño fajador, / entre farras no arruga la tez".⁷

El Mercado de la Marina, enclavado en la planita baja de la antigua aduana, separado del Mercado Principal por la Avenida Libertador y entre las calles Maracaibo y Colón, estaba poblado por buhoneros con sus tarantines y pequeñas chozas. A pesar de sus expendios de hierbas, cacharros y comestibles era notable por sus fritangas. Al lado de una ración de bagre frito con yuca, se despachaba un pedido de chinchurrias con tajadas, servidos en platos de peltre y acompañados de un refresco exótico tal como: Bidú, Old Colony, Green Spot, Orange Crush, Grapette o de la criolla Vitamina. No dejaba de ser una vetusta factoría con aires modernistas. A veces la carestía hacía subir el valor de la comida y se repetían estos versos: "La cosa está tan maluca / que hasta en el mercado viejo, / tres reales vale un conejo / y medio real una yuca".⁸

El Mercado del Lago o de los Buchones, ubicado en la avenida Sucre entre las calles Miranda y Milagro, a orillas del malecón, aunque tenía todo tipo de vituallas representaba un emporio bananero: verdes, amarillos, pintones, maduros, samas, rebuscos, carbureaos, topochos, guineos blancos y quinientos o manzanos, bocadillos, titaros y el resto de la familia de las platanáceas, que le daban un aspecto de plantío musáceo al paraje. Los pelícanos y los plataneros formaban parte del mobiliario lacustre y pertenecían al inventario físico del muelle maracucho. Además el plátano con queso constituía el alimento básico de la dieta diaria, lo cual fue claramente expresado en el estribillo de una añeja gaita: "Ya los cocíos están / y el queso no ha venío... / Será que se le ha perdido / el cuartillo a papá Juan".⁹

Desde el alba comenzaba el alboroto, producido por el regateo en la compraventa de mercancías. Los mercados amanecían repletos de marchantes, que muy temprano habían salido a "buscar a Dios" en procura de las provisiones del hogar. Por las veredas alledañas se escenificaba también el pintoresco desfile de los vende-

7. Ernesto Olivares, *Informante*, 1990.

8. Ciro Urdaneta Bravo, *Op. cit.*, p. 21.

9. Gabriel Franchi Molina, *Maracaibo antes de hoy*, p. 113.

dores ambulantes: panaderos, escoberos, verduleros, "cepillaeros" y montunos con su carga de cacería furtiva. Mientras tanto, los alrededores de la Plaza Baralt se estremecían con los gritos de los pregoneros de periódicos, la algazara momentánea de los cafeceros y el susurro pasajero de los contrabandistas. En sus esquinas los vagos ponían la nota picaresca de esos instantes, inflamando los oídos femeninos con sus piropos encendidos.

2.2. HACIA LAS TIENDAS

Desde el punto de vista etimológico el término Abasto (provisión de víveres) deviene de "abastecimiento" y por analogía adquiere el valor usual de "tienda de artículos diversos". La Pulpería (americanismo) es una tienda en la que se venden comestibles, bebidas y géneros pertinentes a la droguería, buhonería o mercería. La Tienda (del latín "tendere", extender) es la casa o puesto donde se despacha cualquier mercancía. Expresiva tríada de sinónimos, cuyo idéntico significado nos hace rememorar la estimada eficacia mercantil del menudeo, suplidora de las urgentes necesidades hogareñas de antaño y sustentadora de chismes, brollos y consejos populares, producto de la carestía de la vida.

En Maracaibo, la tienda fue el paradigma de una institución tradicional y se convirtió en el foco neurálgico de las actividades de la cuadra, del barrio o de la parroquia. El tendero alcanzó una posición tan distinguida como la del boticario, el practicante, la comadrona y el barbero. Pero las antiguas tiendas han menguado, y a pesar de que aún muchas siguen funcionando, no tienen las particularidades que las caracterizaba: sitio de reunión para tertulias vespertinas y paliques nocturnos del vecindario, y comercio de abarrotes que vendía desde raciones de carne blanca, roja, y de cacería, además de distintas baratijas, hasta un litro de gas, una busaca de carbón, un "recao de olla", una cajetilla de cigarrillos extranjeros o un frasco de tintura de árnica para "sobar" algún músculo adolorido por una contusión.

Aunque ya nos regíamos por el sistema métrico decimal, en las viejas pulperías se realizaban las ventas por libras, onzas, varas o botellas y eran cobradas "chan con chan" (al contado) o "de fiao"

(a crédito) con el compromiso de cancelar "la cuenta" cada quincena. El pulpero salía de madrugada, a horcadas sobre su burro, hacia los mercados en busca de los múltiples encargos diarios para los fogones familiares. Regresaba a las siete de la mañana y entregaba las diversas encomiendas a la escogida clientela. Estos viajes también eran aprovechados para cubrir la falta de vituallas y poder atender con diligencia los pedidos del resto de los vecinos. Al atardecer se "ambientaba" el interior del negocio colocando mesas y taburetes, donde, entre copas, los parroquianos jugaban dominó, oían la radio y componían el mundo.

Los Abastos estaban situados regularmente en las esquinas, como auténticas atalayas de las bocacalles. Se organizaban por sectores: el local comercial enfrente y la vivienda familiar detrás. En el centro del establecimiento resaltaba un largo mostrador de madera, totalmente descuidado, con su vitrina para las frituras del desayuno: mandocas, empanadas, torticas, "yoyos" y pastelitos, rodeada por los frascos de dulces y caramelos en un ángulo, y en el otro, el montón del papel de estraza para envolver los "corotos" acompañando a unas perfumadas lonjas de cazón salado. Al fondo, junto a los rústicos estantes y haciendo juego con las cajas de refrescos de variados sabores, se ubicaban los sacos y cajones repletos de semillas y verduras, juguetes, artículos de quincallería, licores y medicinas corrientes vendidas al detal.¹⁰

Estos pequeños pero abastecidos mercados vecinales marcaron una época, paliaron muchas hambres seculares y originaron modestos oficios, entre los que destacaba el de "mandadero". Luego de cumplir con los deberes escolares, hacer "mandados" era la obligación de mayor relevancia que debíamos asumir. Dicho trabajo, sin paga oficial, se recompensaba de tres formas: a) con "la ñapa", obsequio que se recibía del pulpero al término de todo despacho; b) en el "granero", acopio de granos de maíz o carotas en vasijas personales para registrar las compras diarias, cuyo monto el tendero trocaba por golosinas semanalmente; y c) por "la venada", que consistía en coger unos centavos del vuelto del manda-

10. Cro Urdaneta Bravo, *Op. cit.*, p. 49.

do ordenado y por extensión produjo el modismo "tirarse la vená".¹¹

Obviando la sinonimia y evitando la paradoja, creemos que la Tienda fue un comercio de transición entre la antigua Pulpería y el moderno Abasto. Cada negocio en su momento histórico desarrolló una labor económica específica y cumplió una función comunitaria inobjetable, lo cual engalanó el patrimonio regional. Mitigaron tantas urgencias culinarias que José Antonio Negrete, típico personaje de labia mordaz, las llamó "distribuidoras de indigestiones a domicilio".¹² Pero el progreso, avalado por la desidia criolla y la ambición foránea, decretó su caída, cediendo el paso a los sofisticados supermercados: paraíso de afectados pudientes y limbo de ilusos necesitados. Se cambió el mandadero por el cargador, la ñapa por la propina, el trueque por la rebaja, la venada por la picada y el fiado por la tarjeta de crédito.

2.3. DESDE LOS BOTIQUINES

Los botiquines fueron sitios vitales para cualquier habitante de Maracaibo, a finales de la década de los años 50. Virtuales mausoleos, refugios de amantes y bebedores maracuchos sedientos de ternura y evasión. Lugares de esparcimiento y terapia colectiva. Fosas comunes donde los deseos y las querencias, gozaban la ausencia paternal del feudo hogareño. Vida, fortuna y muerte engullidas por unas polvorientas ingles sin humores acuosos y trasquiladas por un desmantelado corazón sin vestigios amorosos.

Sus barras eran música sentida, pasión fugaz y poesía compartida. En ellas se "cotorreaba" de la ciudad, de su ubicuidad como emporio petrolero, pesquero, agrícola y pecuario, de su inconcebible encanto turístico, de la pasada dictadura, de la naciente democracia, de las libertades políticas y del Dólar como señal de bienestar social. Eran momentos de rifas, "pules", dupletas, veladas y

11. Gabriel Franchi Molina, *Op. cit.*, p. 119.

12. Manuel Matos Romero, *Folklore, Música, Danzas, Conjuntos y Costumbrismo Zuliano y Venezolano*, p. 83.

verbenas, pequeñas empresas comerciales con capital ajeno y libres de impuestos, cuyas ganancias servían para financiar nuestras primeras "correrías machistas", avispados por inefables sensaciones etílicas, en esos prohibidos pero irresistibles templos dionisiacos.

El bar era un oasis en medio de ardientes necesidades urbanas, promesas oficiales y frustraciones civiles. En sus recovecos se aposentaba una gran cantidad de contertulios, genuinos representantes de diversas clases sociales, que rumiaban su descontento existencial y eran atraídos por el desparpajo y la sutileza de mustias campaneras, escasas de atavíos y solícitas de amapuches. Prístinas mujeres "malucas", simbiosis de "zorra" criolla con "coneji-ta" gringa, que satisfacían el soma, calmaban la psique y rascaban el bolsillo.

Consumo, cháchara y desahogo se confundían al trasluz de la más añeja historia de amor: la compañera soñadora convertida en inocente Julieta y el parroquiano infeliz transformado en iluso Romeo, aunque ambos sucumbían agobiados por deudas, deberes y sinsabores. A intervalos barman y buscona, confabulados, trampeaban los brebajes multicolores ubicados por diferentes marcas o precios y cuyo resultado era un espantoso "ratón de brinquito" matutino, que se calmaba con dos píldoras de Optalidón y se terminaba de "sacar" con un par de cervezas bien frías.

Como un largo metraje de ciencia-ficción, frente a nuestros ojos se paseaban y regodeaban los personajes típicos de la época: profesionales, ejecutivos, empleados públicos, "maromeros" y "chuletas", y entre ellos, nosotros, cófrades incipientes escarbando el ombligo enigmático del sopor y rumiando sonámbulas caricias, acaecidas entre el crepúsculo y la aurora. Días de novias y tabúes, de estupor y dolor, de amoríos imposibles y lágrimas furtivas, olvidados en el azaroso vaivén y en el exaltado contoneo de tanta blancura mancillada. Noches de humores, sedantes y susurros, serpenteadas por rostros olvidados, cautivos y dispuestos a enfrentar el naufragio. Todos aderezábamos los ímpetus, amortiguados por las ancas del insomnio.

Era el preciso instante del despegue: esperanza viril o huida estrepitosa. El tan apetecido contacto, los tímidos escauceos, el inusitado susto de la pretina del pantalón, cuando acariciábamos las concavidades de nuestra primigenia fémina. Lucha deslustrada

y derrota presentida. Campo de batalla donde la acción nos estremecía y se nos adhería en los poros del alma. Frigor juvenil y fallecimiento dialógico. Y luego, escape de madrugada, hombro a hombro con la existencia, en viaje directo hasta el malecón para buscar el sustento diario de la carga familiar. Incineración de una descifrada expresión corporal en el paraje de recreo colectivo. Por esos gratos recuerdos, por esos amenos devaneos, por esos ansiados logros, los botiquines se nos metieron en la sangre y estremecieron la circulación por mucho tiempo.

Después, la expulsión escolar y el desamor casero nos incitaron a peregrinar. Al regreso encontramos una ciudad "urbanizada", desconocida y rodeada de modernas "boites" alumbradas por "ficheras" especializadas, que habían desplazado a los antiguos bares con sus "mesoneras" ignorantes. Pérdida de la identidad, imposición de modas foráneas y aceptación de una sutil estafa económica, alcohólica y erótica. ¡Albricias! por aquellas inolvidables barras, necesidad y deseo, voluntad innata de asumir a través de la escritura, un momento de la juventud, un soplo del espíritu, un latido del corazón, una pizca de amor y un dejo de humor, entumecidos en ignotos y ruinosos sótanos frente a las discotecas más concurridas de Maracaibo: tiempo de poetizar y escarneoer tu nombre, ¡oh campanera!, imagen y canción del botiquín.

2.4. POR LAS CALLES

La palabra "buhonería" se refiere a la carga de baratijas llevada por algunos vendedores ambulantes en cestos, maletas o tiendas portátiles. Deviene del vocablo "buhonero", persona que vende bagatelas, proveniente del término medieval "buhón", portador de fruslerías, el cual deriva de la voz onomatopéyica ¡buh!, que era usada en forma despectiva ante las cosas de poco valor y luego originó la interjección ¡puf! En la época reseñada, los buhoneros fueron considerados unos mercachifles. Sin embargo, surgió un grupo de "pasadores de crujías" para asumir el oficio, paliar necesidades propias o ajenas y fomentar una real economía informal que animó la vida comercial de la ciudad.

Los vendedores de frescuras, "peladores de latas" y oferentes de fríos instantes: a) Los "cepillaeros", en sus carritos de tracción

asnal, ofreciendo sus "cepillacos" de hielo raspado bañado por mezclas de distintos sabores y cubierto por un velo de leche condensada; b) Los heladeros, con sus modernos carritos de tres ruedas y una campanilla, vendiendo helados en tarros, barquillas y en paletas o "polos", que produjo la locución "echarse un polo" por andar un largo trecho;¹³ c) Los chicheros, con sus carretones de madera cargados de tinajas, promoviendo las chichas de arroz y maíz y los guarapos de horchata, limón y piña; y d) Los cafeceros, apoyados en sus termos, pregonando la aromática y humeante infusión que, a pesar del intenso calor, el maracucho convirtió en un refrigerio de consumo cotidiano y cotorra rutinaria.

Los vendedores de ilusiones, representados por habituales traficantes de legales e ilegales jugadas de envite y azar, involucrando a incautos apostadores en el escabroso mundo de las ganancias fortuitas: a) Los billeteros, vociferando datos cabalísticos de los números ofrecidos en "quinticos" (fracciones) o "enteros" (billetes) de las diferentes loterías del país; b) Los ciegos, que coreando el lema "cuadros sellados", ponían a disposición del público los formularios lacrados del popular juego hípico del "5 y 6"; d) Las ríferas, madres putativas de los "terminaleros" actuales, con los tañonarios ondulando en sus manos y la cobranza guardada en sus corpiños; y d) Las saneras, que exponían sus "sanés" de hamacas, fluxes y dinero, cobrando una cuota fija por 11 semanas y dando al final la mercancía o la suma de 10 pagos.

Los vendedores de infecciones, sucios, asoleados y taimados, distribuidores de manidos condumios ante la soporífera indigencia del vecindario: a) Los pescaderes, en sus destartaladas carretillas, voceando el surtido de diversas especies marinas, lacustres y fluviales; b) Los verduleros, en burdas carretillas jardineras, exhibiendo sus hortalizas, frutas y semillas disminuidas por las balanzas adulteradas; c) Los fritureros, portadores de vermífugos instantáneos, con sus baldes repletos de arepas y papas rellenas, hallacas, "bollitos pelones" y el golpe de gracia: la botella de "picante"; y d) Los confiteros, con sus bandejas aderezadas de gofios, alfán-

doques, cocadas, conservas de maduro, leche, naranja, piña, suspiros, calabazates y el famoso "quesito americano" que desplazó al festivo "algodón de azúcar".

Los vendedores de hilachas, empeñosos personajes que se "rebuscaban" comerciando cuantas chucherías urgían para el quehacer diario, los "telares" caseros y la coquetería femenina: a) Los escoberos, estoicos alabarderos, con sus hatajos de escobas, escobillones y lampazos terciados en el hombro; b) Los marchantes árabes, idólatras de la alfombra mágica, fiando sus telas estremecidas por un grito de guerra famélico: "corte barato, señora"; c) Los quincalleros, auténticos buhones medievales, mostrando carretes de hilo, agujas, botones, dedales, broches, "raches", cordones, cintas y abalorios en sus funambulescos e inverosímiles maletines de madera y cuero; d) Los bisuteros, tenaces alquimistas verbales, adornados por una aureola de fantasía tan impresionante como el baño dorado de su joyería de imitación.

En Maracaibo, ese sector informal de la producción de bienes, servicios y alimentos cada vez se hizo más fuerte y combatido. Sin entrar a polemizar sobre las relaciones entre la cantidad y la calidad de los productos comercializados, debemos reconocer que estos vendedores ambulantes llenaron un vacío mercantil y saciaron deseos frustrados, minimizados por implacables comerciantes ya establecidos, reconocidos y enriquecidos a costa de la explotación de sus manumisos empleados. Nuestros despreciados buhoneros fueron unos verdaderos luchadores sociales, fieles cruzados vecinales y curtidos testigos de la miseria popular: solamente ellos se ocuparon de las clases menestrosas y calmaron, parcialmente, muchas necesidades domésticas.

2.5. EN LOS HOGARES

La subsistencia doméstica en la primera mitad de siglo fue una verdadera odisea, que dependió no sólo de las posibilidades económicas sino también de los esfuerzos, las habilidades y los conocimientos de las amas de casa. Ellas, sin ínfulas intelectuales, poses feministas y manipulaciones eróticas, administraban los hogares, atendían sus maridos, cuidaban los hijos, mantenían el orden y todavía tenían tiempo para dedicarse a algunas actividades

manuables productivas: la tabaquería, la cocina, la costura, la lavandería y otras de menor cuantía, con el fin de aumentar el precario presupuesto familiar.

Muchas madres de familias hicieron de la confección de tabacos su medio de vida. La hechura de los "coquetos" era una tarea sencilla. Sobre el piso del festivo comedor, mientras las abuelas gozaban sus cigarros Bandera Roja "con la candela pa' dentro", las mujeres con una tablita en cada pierna, una navaja, un pegamento casero y hojas de tabaco cortadas en dos formas diferentes —una servía de tripa y otra hacía de envoltura— elaboraban los tabaquitos, cuya producción mayor se distribuía para su comercio entre **La Casa de los Tabacos** y los negocios de Gorgonio Finol, famoso comerciante de la época; y en las tiendas se expendían detallados "de a dos por cobre". Sin embargo, la lucrativa industria del cigarrillo acabó con la manufactura casera del tabaco, pero no con la popularidad de sus productos, y aún se oye decir a quien tiene algún aprieto económico: "No tengo ni pa' los coquetos".¹⁴

Las cocineras maracuchas, a pesar de la escasez y de su incultura dietética, "mataron" muchas hambres momentáneas y contribuyeron a crear unos hábitos alimentarios insólitos. Para el desayuno, por encargo de los pulperos, aderezaban empenadas, mandocas, torticas, pastelitos, yoyos, hojaldas, papitas y arepas, usando como ingredientes maíz pilado, harina de trigo, plátanos maduros, queso rallado y un guiso de carne molida con papas; las últimas se aseaban en el budare y el resto se freía en una paila con manteca. Los Tres Cochinitos, montados sobre anafes encendidos por carbón y gas. En el almuerzo, según pedidos de los clientes, preparaban mondongo, hervido de gallina, sancocho de res, caldo de pescado, sopas de granos, bollitos pelones o carne en coco. Ya que las cenas no eran comercializadas y se convirtieron en íntimas reuniones, le dejaron el campo libre a los nuevos puestos de "Perros calientes".

La mala situación no fue obstáculo para que nuestras matronas estuvieran actualizadas en asuntos de modistería. Se hizo

14. Gabriel Franchi Molina, *Op. cit.*, p. 7 y ss.

famosa la competencia que le montaron las costureras a los diestros y elegantes sastres de esos días. Pedaleando unas suntuosas máquinas de coser Singer, apoyadas por sus costureros repletos de los accesorios necesarios y asesoradas por los "figurines" de tejidos, donde aparecían los patrones seguidos para los cortes y puntadas de sus costuras, vestían "a la moda" a una popular clientela. Cuando la carestía apremiaba no había más remedio que zurcir "tacos", pegar "raches" y coger "ruedos" a pantalones y faldas; descoser, voltear y remendar los cuellos raídos de camisas y blusas; o "largar el forro" cosiendo las soporíferas hamacas y negociándolas mediante los utilitarios sanes, que por su extensa duración produjeron el modismo: "Es más largo que un san de hamaca".

Uno de los oficios más laborioso fue el de las hacendosas lavanderas. Vivían remojando, estregando y quitando la mugre de la ropa ajena con las conchas de coco o de tapara en sus bateas de madera, inundadas por una espumosa agua de jabón azul o de almendra; luego se hervía con un punto de sal boricada como desinfectante y chorreando era tendida sobre un "asoleadero" pedregoso en el patio para blanquearla; después venían el enjuague final, la exprimidera manual y el endurecimiento de los cuellos y puños de las camisas, los pantalones de kaki y algunas prendas íntimas con una mezcla acuosa de engrudo de almidón y pasta de añil; y por último, se ponía a orear guindada en cuerdas de alambre y afirmada por ganchos de madera. Al secarse era recogida y preparada para el planchado. La blancura de sus pies húmedos originó una expresión de índole económica: "Ando más limpio que talón de lavandera".¹⁵

Además recordamos a las dulceras, que melaban la pobreza cotidiana y azucaraban el desamparo habitual; las muñequeras, recreadoras míticas de mundos pueriles; y otras magas oficiantes de la economía informal que se perdieron en los vericuetos de la automatización. Seculares menesteres de un pueblo que se negó a morir de inanición y lo salvó su ingenio admirable. Nuestras heroicas sacerdotisas fueron solidarias en la miseria, nunca se quejaron de los infortunios y jamás las vimos llorar sus aflicciones.

15. Edicta Castillo, *Informante*, 1990.

3. MODUS FACIENDI

Sin duda alguna, la expresión verbal siempre ha sido marginada, vapuleada o desdenada cuando se trata de cotejarla con la literatura escrita: la única que es valedera dentro de nuestra estrechez mental, alimentada por el esnobismo, el desarraigo y la prevaricación. Ello forma parte del propio melodrama ideológico que, musicalizado por un supuesto "modernismo" y dramatizado por un espurio "desarrollismo", se ha venido representando desde la irredente conquista española hasta la bastarda dependencia norteamericana, en función de establecer un modelo único de dominación y en cuyo proceso histórico han subestimado la tradición oral, la cual no es peligrosa por su anonimato, su desfogue y su irreverencia, sino por su carácter libertario: difícil de manipular e imposible de gobernar.

Pero, desgraciadamente para los antiguos conquistadores y los actuales intervencionistas, el sentir de este bravo pueblo no ha podido ser arrollado por la febril ansiedad de los maravedíes y el poder sugestivo de los dólares, porque nuestra voz es esencialmente caribeña y se diluye entre los acordes despechados de un bolero, sin rendirle audiencia eterna al canto flamenco o al rock metálico. Ese despecho tradicional convirtió al ciudadano común en un orgulloso parlanchín, fabulador de sueños, hacedor de palabras y alquimista de esperanzas.

Según Argelia Melet y Hugo Fernández Oviol, el alma popular solamente puede ser penetrada a través de sus coplas, sus chistes, sus anécdotas, sus historias y sus canciones de cuna, que encarnan expresivos susurros de su visión del mundo. Este inagotable manantial, explorado en particular por quienes lo consideran, no fuente de prestigio, sino el simple fluir de sus sagas, está allí, permanente pero oculto a los profanadoras. "Por eso, la idiosincrasia popular, la risa y el llanto milenarios de nuestros pueblos, sus picardías y miserias, su sabiduría y conocimiento de la naturaleza y de la vida, seguirán sorprendiéndonos".¹⁶ Dicha opinión nos

16. Argelia Melet y Hugo Fernández Oviol, *Literatura Oral e Idiosincrasia Regional*, p. 18.

confirma que mediante la comunicación oral se puede llegar a descubrir el modo de ser de una vecindad. Nada dice más al testigo sensible que una gaita, un refrán, una décima, una insolencia o un piropo, todos ellos portadores de experiencias transmitidas por generaciones.

Lo que muchos nunca han podido entender es que la oralidad desnuda la realidad, cohabita con el universo y se entroniza en la existencia. Es el palabreo de la conciencia colectiva que presiente el futuro, recrea el presente y rememora el pasado, mezclados en la cuita compartida para desentrañar el sentido total de su entorno. Es la proyección instantánea de una verdad indomable e irreversible, que sirve de catarsis ante las crudas vicisitudes del tránsito terrenal. Es el eco atávico que se cuele por los intersticios del espíritu, para calmar la congoja de nuestra despreciada condición de "homo vocalis". Es eterna simbiosis de vida y muerte compartidas, de azar y conjuro materializados, de eros y tanatos en constante coqueteo mórbido.

Hablar es una necesidad primigenia del ser humano: recurrencia somática y querencia psíquica, conjugadas en su angustia existencial por domeñar el contexto inmediato a través de sus murmullos fónicos; transformadas en su avidez creadora para iluminar sus vivencias mediante la palabra precisa; y preñadas de una nostalgia infinita en su trashumante búsqueda del clamor inicial. Hablar no es el manido proceso de intercambio de información, donde el signo lingüístico manejado intencionalmente actúa como simple objeto de expresión, banal instrumento de comunicación o señal reductora de connotaciones. Por eso, la investigadora Iliana Morales sostiene que "Partir de nuestra oralidad significa, conocernos como habladores, como profesionales de la habladoría: el brollo, el chisme. Géneros subterráneos, desprovistos de valoración y tal vez antecedentes de la novela".¹⁷

¿Por qué le tienen aprensión al natural don de hablar? Esta interrogante, un tanto "inocente" en virtud de la eficacia de ese hecho, representa la causa y razón de la pugna por el poder que ha

17. Iliana Morales Gollarza, *Sobre Literatura Oral*, p. 21.

sustentado a la humanidad. En cualquier comunidad la producción del mensaje es inspeccionada, decantada y adecuada a los requerimientos ideológicos del momento, para enfrentar y exorcizar el riesgo que conlleva un discurso irreverente. Siempre se ha pretendido sossegar la inquieta necesidad de confrontación, adormecer la angustiosa evocación del decir y silenciar las voces que se funden en la amorosa relación oral. Se trata de impedir la emisión de un símbolo que nos despierte, nos asedie y nos involucre en la interacción dialógica, esencial y transformadora.

Así surge la nefasta práctica de contaminar la lengua materna con cualquier término extranjero que aparezca en el panorama lexicográfico y desechar los modismos inventados por el ingenio popular para designar determinados hechos que agobian y humillan nuestra esencia. Al asimilar esos raros vocablos y usarlos creyendo que estamos hablando correctamente, asumimos también una manera de pensar que es producto de un extraño paradigma ideológico que nos quieren endilgar. El poderío mercantil y tecnológico norteamericano plantea una abierta amenaza por los anglicismos que nombran sus teorías y técnicas, cuya infeliz traducción, apresurada, disparatada y manipulada, es difundida a través de diferentes medios de penetración y ha creado una aberrante colonización espiritual, más degradante que la oprobiosa dependencia económica.

Siempre se ha tratado de evitar la donosura instintiva que el pueblo utiliza para crear y aderezar sus neologismos, sin los subterfugios de metodologías etimológicas importadas y sin los lastres de normativas gramaticales propias, simple y llanamente porque su dinámica vivencial le marca un ritmo distinto a su competencia lingüística, ajena e ignorante de métodos y normas, lo cual permite una actuación idiomática lozana, fresca e ilógica si se quiere, pero funcional. El conocimiento de esa voz colectiva facilita una mejor comprensión del espíritu maracucho, de su agilidad mental y del poco reparo que tiene para emitir la palabra menos afectada cuando la ocasión lo amerita. En ese reflujo de su oralidad encontramos el nervio, la tensión y el pulso que hacen mover, vibrar y palpar al hombre común.

Gabriel Franchi Molina, fino y segaz cronista del Maracaibo antañón, nos relata que un día de tantos, al reencontrarse con un

viejo camarada de la infancia, quien es vendedor de productos lácteos en el Mercado de Santa Rosalía, se alegró mucho al oírle decir: “—No te preocupéis, que te voy a “despachar” bien pa’ que te comáis el mejor queso perijanero...” Continúa explicando que no se “jocicó” de la alegría, aunque sí se sintió “jochao” de tener un amigo que se ganara tanto su confianza. “¿Pero por qué se nos ha ocurrido escribir sobre esto?... Sencillamente, porque en Maracaibo ya nadie habla de vos”.¹⁸ Justa y veráz observación. La deformación comienza en la escuela, donde se prohíbe el voseo y se permite el uso de “okey” por “estar de acuerdo”.

Al no registrar la “vox populi”, están enterrando “El sueño de un mágico mundo de refranes, chistes e historias”, tal como lo manifiestan Iliana Morales Gollarza y el resto de los integrantes de **El Círculo Lingüístico de Valles Fríos**, en un laborioso trabajo de investigación sobre el habla latinoamericana. Los mismos alegan que la escuela propicia la defunción de la “identidad hablante”, por su empeño en el uso de la “lengua correcta u oficial”, desvirtuando todo lo que tenga relación con el “habla cotidiana o vulgar”. Para ellos, nuestro lenguaje constituye “el dogma de lo impuesto”, la normativa comunicacional del empleo de un “standard” por una “clase culta”; el idioma es utilizado como un “arma de control social”, pero podría transformarse en un “poder insurgente y de resistencia frente a reales coloniajes lingüísticos”.¹⁹

He allí una de las causas por las cuales la escolaridad venezolana se ha convertido en un proceso castrador de voluntades, fabricante de autómatas y productor de monigotes. Ella discurre de espaldas a nuestras circunstancias culturales, prendida como una hilacha a modelos educativos foráneos. Los muchachos, libres en el oasis familiar y oprimidos en el desierto escolar, viven flotando entre dos corrientes lingüísticas totalmente opuestas: la coloquial, oxigenante y vital, que enfrentan, asimilan y asumen en el diario transcurrir de sus malacrianzas; y la normativa, sofocante y aciaga,

18. Gabriel Franchi Molina, *Op. cit.*, p. 92.

19. Iliana Morales Gollarza et al, *Hacia una Teoría Crítica del Control Social*, p. 112 y ss.

que reciben, rechazan y detestan en el sufrido devenir de sus letargos, convirtiéndose en mudos observadores, silentes pensadores y pasivos cómplices de su deformación.

Sin embargo, infinitud de voces y multitud de escritos, han establecido que la idiosincrasia de un pueblo se siente, aquilata y caracteriza por la amalgama espontánea que ocurre entre la subsistencia rutinaria, la expresión cotidiana y la risa habitual. Por ello, el máximo paliativo de su tolerancia es el humorismo que, guiado por incentivos inalcanzables y alimentado por una frustración perenne, lo convierte en un colectivo usualmente irónico, sarcástico y procaz. Además, la burla solapada y la exageración insólita que se interiorizan en su parlería ingeniosa, no son tan "cándidas" como creen algunos investigadores de gabinete: el hambre jamás se palpa a través de rígidas teorías, el humor nunca se capta mediante frías encuestas y el habla no se descubre por medio de filigranas lingüísticas.

En el transcurso de este informe hemos intentado demostrar que la risa es una respuesta instantánea y llena de contradicciones frente a la necesidad propia o ajena, con el objeto de hacer resaltar la inventiva ciudadana ante las contingencias de la vida. Todo se conjuga en una "mamadera de gallo" existencial que recrea la miseria colectiva en su intimidad coloquial. De esta forma, cada quien actúa y se identifica con un "modus faciendi irreverente", adornado por una viva hilaridad nacida, paradójicamente, de sus propios sufrimientos, porque el maracucho transforma su tragedia en una comedia; por eso, el dolor, la desolación y la impotencia al no conseguir una solución a sus problemas, degeneran en un chiste: frustrado, ríe para contener su decepción, su cólera o su odio, pero dejando entrever una agresividad innata.

En una entrevista realizada por Nilda Silva, el Dr. Rafael Molina Vilchez, estudioso inveterado de la chistografía regional, manifiesta: "El pueblo del Zulia es una crónica de la frustración, es un pueblo muy deprimido; ello explica su oralidad altisonante y agresiva. La forma de hablar es lo que mejor delata la manera de ser del zuliano".²⁰ A pesar de ello, en diversas zonas del país y

20. Nilda Silva, *Rafito Molina. El Humor: el más espléndido catártico popular*, p. 13.

por diferentes medios, se caricaturiza chabacantemente el habla marabina, debido a la incomprensión, la estupidez y la ignorancia de quienes lo atacan o tratan de ridiculizarlo. Nuestra conversación diaria es rica en juegos de palabras, abundante en ocurrencias hirientes y delimitada por el "doble sentido". En ella encontramos el humor vital, el chiste lapidario y la comicidad patética, fundidos en una salmodia de la inopia popular.

Con esa monótona letanía el maracucho ha venido repasando, durante muchos años, las sargas de cuentas del rosario de sus calamidades. Este hecho, además de dignificarlo y fomentar su resentimiento, descubre la mentira de la "vulgaridad" de su oralidad y acaba con el engaño de la "inocencia" de su humorismo. Precisamente, ha subsistido por su irrespetuosa actuación lingüística y su irreverente disposición humorística, rompiendo lanzas contra el despojo sistemático del lar nativo y de su propia identidad. El habla es la única posibilidad que el pueblo tiene de enfrentar los disparates del poder omnímodo y el humor es la venganza despiadada de una estoica comunidad que ha perdido la fe, la confianza y la credibilidad en los "paquetes" económicos oficiales.

BIBLIOGRAFÍA

- BELL, Daniel. "Modernidad y Sociedad de Masas: variedad de las experiencias culturales", pp. 11-57. En **Industria Cultural y Sociedad de Masas**. Tr. Eugenio Guasta. Caracas, Monte Avila Editores, 1974. 259 p.
- CASTILLO, Edicta. "Conversación sobre los oficios domésticos de antaño". **Entrevista Personal**. *Oficinista*, Jubilada. Maracaibo, 22-12-90.
- FRANCHI MOLINA, Gabriel. **Maracaibo antes de hoy**, Maracaibo, Fundación Zuliana para la Cultura y Editorial del Lago, 1983. 130 p., XV h.
- MARSILLACH, Luis. "Teoría y Práctica de la Crónica Local", pp. 383-393. En **El Periodismo. Teoría y Práctica**. 3a. ed, Barcelona-México, Editorial Noguer, 1960. 611 p.
- MATOS ROMERO, Manuel. **Folklore, Música, Danzas, Conjuntos y Costumbrismo Zuliano y Venezolano**, Maracaibo, Tipografía Unión, 1989. 162 p.
- MÉLET, Argelia y Hugo Fernández Oviol. "Literatura Oral e Idiosincrasia Regional", pp. 18-22. En **Oficio**, Año 1, N° 3. Coro, Linotipo López, Sept.-Oct. de 1986. Revista de la A.E.V. - Falcón. 24 p.
- MOLINA VILCHEZ, Rafael. **Notas sobre el Lenguaje coloquial maracucho**, Maracaibo, Ensayo inédito, 1988. 150 p.
- MORALES GOLLARZA, Iliana et al. "El habla: Un ausente en la historia latinoamericana", pp. 109-116. En **Hacia una Teoría Crítica del Control Social**. Maracaibo, EDILUZ, 1986. 209 p.
- MORALES GOLLARZA, Iliana. "Sobre Literatura Oral", pp. 19-21. En **El Cuello del Sol**, Año 1, N° 1. Maracaibo, EDILUZ, marzo de 1985. Revista de la Escuela de Letras de L.U.Z. 24 p.
- OLIVARES, Ernesto. "Conversación sobre Mercados". **Entrevista Personal**. Pescadero, Mercado Principal, Maracaibo, 15-12-90.

- PAEZ URDANETA, Iraset. "El Habla de Maracaibo", pp. 113-134. En **La Lengua nuestra de cada día**. Caracas, Academia Nacional de la Historia, 1984. El Libro Menor, N° 59. 192 p.
- SILVA, Nilda. "Rafito Molina. El Humor: el más espléndido catártico popular". p. 13. En **Facetas**, Año 3, N° 108. Maracaibo, Editorial PANORAMA, 02-06-91. Revista dominical del Diario Panorama. 16 p.
- SOCORRO, Marco Tufio et al. "Toda Maracaibo", G-Z, p. 3. En **La Columna**, Año 66, N° 21.205. Maracaibo, Editora La Columna, 08-09-90. Edición Aniversaria, Diario Metropolitano. 144 p.
- URDANETA BRAVO, Cirio. **Maracaibo: historias y leyendas**. Caracas, Tipografía Vargas, 1970. Ediciones X Aniversario C.V.P. 128 p.
- VANSINA, Jan. **La tradición oral**. Tr. Miguel María Llongueras. Barcelona, Editorial Labor, 1966. Nueva Colección Labor, N° 22. 225 p.